

Jorge Mañach
Blasco Ibáñez en los Estados Unidos
(*Bohemia*, 18-7-1920; *Diario de la Marina*, 18-11-1923)

Un día, Vicente Blasco Ibáñez estaba en Niza (creo que fue en Niza, junto al Mare Nostrum), y el correo le trajo una carta de América en que una señorita yanqui le proponía comprarle los derechos de traducción de su entonces última novela *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Le ofrecía mil dólares. Blasco Ibáñez aceptó. La obra se tradujo. Y fue un éxito. Un éxito a la americana: enorme, febril, apoplético. Blasco Ibáñez se hizo el novelista «de la hora» en los Estados Unidos. Se le parangonó con Dickens, con Zola; se le superlativizó; se habló del renacimiento español. Tradujéronse otras obras suyas —*Cañas y barro*, *La catedral*, *La barraca*; se anunciaron en carteles, por todas partes, y se vendieron por millares. Los novelistas americanos torcieron el gesto; Blasco Ibáñez y sus editores hicieron su agosto.

Unos meses después, en el de noviembre del año pasado, Blasco vino a los Estados Unidos, contratado por una poderosa corporación neoyorquina que trafica en prestigios intelectuales. La misma que trajo a Maeterlinck, el místico.

Aquí, en Boston, (porque ¿cómo no habla de visitar Blasco «la Atenas norteamericana»?) el novelista valenciano pasó unas horas. Vio el clásico juego de *football* entre los equipos de Harvard y Yale; y asistió a una comida que le diera la colonial española; dio una conferencia pública, a precios subidos, por contrato...

En la comida, cúpome a mí el apocamiento confuso, y sin embargo lleno de admirativa fruición, que viene de percibir de cerca el aliento de los hombres magnificados. No fue una interview. Estábamos en un salón del Westminster, en plena publicidad, y en derredor del novelista consagrado abundaban las sonrisas, los alardes de atención, las frases pegajosas. Blasco Ibáñez decía cosas urbanas y triviales, en un español acatalanado, sibilante y burdo. Hablaba con ese gesto algo *blasé* de hombre que padece la fatiga de los encomios

Una señora muy gorda se deshacía en sonrisas que parecían genuflexiones. Otra, que ya casi habla olvidado el castellano, se excusaba de ello. Hablando inglés «todo el tiempo»... ¡Claro está!... Un

profesor de español-americano no acertaba a hilvanar una sola frase de su libro de *Español en veinte lecciones*.

—¿Cuál es su novela favorita? —se atrevió a preguntar a Blasco la señora gorda.

—La próxima...

Y la contestación, y el gesto que la acompañara, se me antojaron ensayados. ¡Ha debido oír esa pregunta tantas veces el escritor!

Pero, al fin, recuerdo que se logró hacer conversación. Alguien acababa de preguntar a Blasco Ibáñez qué le había parecido el juego de por la tarde. Blasco lo había hallado «muy interesante». No lo había entendido en absoluto•

Y esto no es ironía. A un escritor tal de recio y pujante, que pone en sus novelas (en *Sangre y arena*, por ejemplo) trepidaciones de multitud, esfuerzos animales, algarada de plebe y olor de músculos, tenía que gustarle el *football* americano, con su antagonismo bestial y sus *melées* de matadero. Sin embargo, el detalle que más llamó su atención fue un detalle trivial, casi extrínseco: *les cheer leaders*. Los *cheer leaders*, esos como directores de claqué, que son, en los partidos norteamericanos, anónimos *sine qua non* de la victoria, Blasco Ibáñez nos los describía: estentóreos, dinámicos, elásticos, haciendo alardes vocales ante la plebe enronquecida. Sugestionaban a la multitud. «La gran bestia» obedecía sumisa al gesto de los brazos-aspas que se alzaban y se agitaban frenéticos para marcar el ritmo bárbaro de los yelle: Ráa!... Ráa!... Ráa!! Hasta que los directores caían al suelo extenuados, y la multitud se sentaba formando una vasta ondulación oscura a lo largo de las gradas en congestión.

Mientras Blasco Ibáñez nos describía esto provisionalmente, pues ya tiene la intención de hacerlo en una novela a su tiempo, él mismo, de pie ante la audiencia boquiabierta, gesticulaba y manoteaba, casi como sus «directores de orquesta». Su cabezota ancha y pesada se hundía en las turgencias de la pechera almidonada, entre las espaldas macizas de estibador. Los candelabros de la sala ponían destellos rápidos sobre su frente alta, coronada por un solitario mechón negrísimo, que apenas logra disimular los estragos de la calvicie. Los ojos, pequeños y abotargados, sobresalían a fuerza de guiños de la grasienta opulencia del rostro.

Alguien ha escrito que Blasco Ibáñez tiene tipo de gladiador. No. Eso es demasiado ideal. A no ser por la frente, tomaríasele por jayán de matadero. No es ahora el escritor de barba romántica que pintó Sorolla. En su complexión rugosa y ventruda hay algo de Proudhon; algo también de Madariaga primitivo y sensual que él nos trajera de la Pampa.

Pero solo un hombre así pudo haber escrito *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. ¿Que hay mucho de burgués en su catadura? ¿Cómo no? Blasco Ibáñez es un comerciante. Este viaje suyo a los Estados Unidos no es, según se dice, sino parte de un gran empeño mercantil: derechos de traducción que cobrar, películas que dirigir, conferencias bien pagadas y a granel... Después del oro de la Argentina, Blasco Ibáñez viene por el oro de los Estados Unidos.

Y estos benditos yanquis, que recibieron de él la visión apocalíptica del Marne y la sanción de bélicos prejuicios, van a las conferencias de Blasco Ibáñez, aun sin entender español, pagando solo por verle, como han pagado por ver a Buffalo Bill o a Georges Carpentier...

Ahora Blasco Ibáñez ha regresado de México, adonde le atrajera una vieja invitación del malogrado Carranza. Fue solo una breve visita al Anáhuac espasmódico. Pero en esas dos semanas, o poco más, ¡cuánto no ha visto, cuánto no ha estudiado el observador levantino!

En el *Times* de Nueva York, en el *Post* de Boston, en los periódicos de Hearst, nos ha contado, en una serie de artículos sus impresiones de México. Suponemos que le habrán sido muy bien pagadas. El público americano está divertidísimo con ellas; los capitalistas petroleros que claman intervención no deben estarlo menos.

En cambio, entre los latinos de New York y de Boston esos artículos han levantado una polvareda mayúscula. La colonia mexicana está indignada. Blasco Ibáñez ha recibido cartas amenazadoras; se le ha tachado de «anti latino-americano»; se le ha llamado mercenario y no ha faltado quien diga que si la intervención americana en México «cuaja» (hoy por hoy alternativa pre-electoral, piltrafa de partidos), a Blasco Ibáñez se deberá en gran parte el haber preparado a la opinión.

Porque esas impresiones que han aparecido en diferentes periódicos, y que ahora van a esparcirse aún más en forma de libro, son las de un México uniformemente operático y grotesco, merecedor de

ejemplar saneamiento. Blasco ha pintado como él sabe hacerlo al México histórico de los militarotes —generales al por mayor—, de analfabetos, de bandidos, de tirios y troyanos. Y, naturalmente, con un público como este, impresionable como todos e ingenuo como ninguno, que no sabe del país vecino sino que es vecino y que en él hay capital americano invertido, las impresiones de Blasco Ibáñez han producido un efecto deplorable. Han prestado nueva fuerza a las exigencias imperialistas del senador tejano Fall, y a las de William Hearst, el archidifamador, que ya hace dos años publicaba en el *Boston American* un *cartoon* en que aparecía el tío Sam repintando el mapa de Norteamérica y extendiendo más allá del Río Grande las franjas rojas del pabellón poliestrellado...

El otro México de intelectual linaje que nos dio a Gutiérrez Nájera, a Otón y a Nervo; el otro México patriota que busca, penosamente desorientado, un norte reivindicador de viejas tiranías, solucionador de graves problemas, forjador de la patria que soñó Madero y, a su manera, Carranza; ese, Blasco Ibáñez no lo conoce —o finge no conocerlo. Claro está, ¡en un viaje de dos semanas no puede verse todo!

Además, ¿qué le interesa eso al público yanqui? El público quiere algo espectacular, dramático, algo en que confirme sus prejuicios. ¿No se le tiene acostumbrado a ver todos los días, en el cinematógrafo, mexicanos típicos, hoscos, semi-indios, vestidos de harapos y armados hasta los dientes? Blasco Ibáñez, que al fin y al cabo es un novelista, también prefiere esa realidad parcial y falaz, estilo *Sangre y arena*, a los valores justificativos. Interesa más, es más decorativo, más descriptible, se vende mejor...

Él está con el director del Prólogo goethiano. Iluso el poetae poco práctico, el lirismo aquel:

«... Industria degradada
A la que nunca se doblega el Arte!
La de los charlatanes tropa osada,
¿Ya os puso de su parte?»

Cambridge, junio 1920